

La Semana Redonda (Reunión de Relatos Cortos)

Alan Palacios



Capítulo 1

-Domingo a sábado, en domingo-

De pronto me hallo en los domingos nublados caminado por la acera empedrada, por allá de las seis de la tarde. Veo rostros invisibles deslizándose, miro el cielo plateado y me estremezco por el aire frío, no por placer sino por repulsión. Horas invisibles suelen empañar mi ánimo y gotas inherentes transfieren mi vapor a la ceguera. Tengo todo y se siente lo mismo que no tener nada. No hay camiones ni taxis vacíos, mi celular ha muerto y ningún amigo está detrás de su puerta. Siento mis pies humedecidos por la escarcha de un paraíso muerto, donde encuentro resacas propias y ajenas, sin opción me quedo varado en ese Erebo helado, en cucullas. Pero en el exterior sigo caminando con el mismo semblante ciego de la seriedad. Regreso a casa para echarme a mis demonios una vez que me he lavado del exterior, me dejo comer y ahogar por un par de horas hasta que me canso de ver al cielo, ya oscuro. Duermo en la espera de que se abra esa ventana que compruebe tu divinidad clarividente y me haga revolotear las tripas. Busco y entonces sucede con armonía, porque todo se construye con el don de la ingravidez, tenue y transparente. Todo es más nítido desde que veo tus ojos orbitando hacia mí. Desde que veo los hilos de tu voz desmenuzando la palabra hasta su pulpa. Desde que siento tu hálito culpable y tímido en mi labio inferior. Desde que estás aquí, donde todo parece incorpóreo, donde dejamos de pertenecer. Desde donde mis oídos duermen en la contemplación de tu dudosa complejidad. Todo parece, más bien, un sábado en la tarde. Donde el sol danza con los árboles en un rocío dorado de aguas alcalinas y el rumor de la gente se confunde con el de las hojas. Donde el tiempo desaparece de a ratos y de a momentos te susurra al oído. Donde no hay un telón invisible que amenace nuestra coexistencia. Donde sepamos respirar bajo el agua y podamos untar el aire en la llovizna. No pasa muy a menudo, pero cuando pasa, es difícil que dure mi bienestar, sigo siendo un vacío consumido por el hartazgo de las ninfas. Sé que no durará aquella colocación celestial, pronto despertaré en la misma atmósfera opaca y me veré forzado a caminar los domingos sin sol. Los domingos nublados donde me hubiera bastado solo un poco de ti para vaciar dentro de mí.

—Verano—

Entré de puntillas. Afuera el sol de las 5 de la tarde callaba el aire y todo ser lo volvía inerte. Era un minuto cálido y eterno. Terso y amarillento por el sol agonizante. Mis ojos tardaron en divisar más allá de la cama de caoba y las mantas de seda, pero sin duda eras tú. Lo sabía no porque escuchara el ritmo de tu respiración, ni por el orden de tu ropa doblada en

el suelo, ni tampoco porque viera el montículo de alguien oculto debajo de los cobertores. Era porque detrás de todo ese murmullo plagado de imposibles hallé tu latido, ese pulso tierno y caliente que emana de tu pecho. No tuve el valor de tocarte, mucho menos de acercarme y dar pasos en la penumbra. Me senté cerca, donde aún había luz y me recosté en mi mente imaginando que ese latido era por mí y para mí... Aunque todo en mí sabía que no era así.

—Cerrojo—

Se propaga, se enmudece, se nubla, se consume y se consuma. El general entró a su cabaña, dejó su sombrero relamido por el fuego y las cenizas. Recargó su rifle en la pared con solo una bala restante en la recámara. Entró al baño y se lavó la cara, hizo sus necesidades y sé sintió frágil una vez más. Con la diferencia de que aquella fragilidad era causada por el placer de satisfacer una necesidad básica. Se detuvo a pensar en lo normal que se había vuelto la violencia en sus movimientos. Salió, se dirigió a su cama y vio de reojo que su rifle ya no estaba. La puerta de entrada estaba entreabierta. Una vez más imaginó una bala entrando por su espalda y saliendo por su pecho mientras sentía gotas frías de sangre remojando su piel curtida por la pólvora y la tierra húmeda. Muchas veces lo había pensado gracias a los traumas de la guerra. Un sonido o un movimiento de un objeto cayendo lo llevaban a un mundo de muerte. Esta vez tardó más tiempo en reaccionar y se quedó de pie mirando la puerta. Paró oreja y escuchó su arma siendo despojada del seguro. ¿Pasaría al fin? Sin voltear a ver a su futuro asesino se orilló en la cama para que su cadáver pudiera aterrizar sin mucho preámbulo. Cerró los ojos y suspiró con alivio en vez de resignación. ¡Clack! Había pasado de nuevo. Se aventó de bruces en la cama sin girarse y durmió. No era necesario confirmar que era su mente, más que nada, la que quería llevárselo, aunque nadie en el mundo estuviera dispuesto.